



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO V.

SABADO 15 DE NOVIEMBRE DE 1873.

NÚM. 137.

LA LUZ.

Al fin una vez en la vida de nuestro periódico tenemos que tributar una alabanza al clero romano. Ya era tiempo. Meses y meses hace que venimos censurando el comportamiento de una parte de aquel que no había tenido ni una sola palabra para condenar la conducta de los sacerdotes levantados en armas contra el Gobierno de la Nación. Remitimos á nuestros lectores á la noticia que en la seccion respectiva damos y que sirve de base á estos comentarios. El obispo de Urgel, desoyendo la voz de Jesucristo que pide á sus pastores, sea cualquiera la religion á que pertenezcan, paz, mansedumbre, caridad y respeto á las leyes establecidas; el obispo de Urgel, que suponía que el Gobierno le había inferido agravios; el obispo de Urgel, que olvidado de su dignidad cristiana ha pisoteado su púrpura episcopal hasta el punto de arengar, como un patriota cualquiera, vulgar y adocenado, á las huestes carlistas desde un balcon del Ayuntamiento de Estella; el obispo de Urgel, que allí donde ha ido ha llevado el fanatismo y la supersticion, la intolerancia y la ignorancia que le son peculiares; el obispo de Urgel, había abandonado hacia tiempo á sus ovejas para irse á la guerra en busca de aventuras y correr las peripecias de una campaña al lado del Pretendiente. Su conducta hasta hace poco no había sido condenada.

El episcopado español casi en masa ha anatematizado la conducta del obispo faccioso. Cincuenta y cinco obispos la han condenado en términos muy severos, y sólo cinco parece que la han aprobado en términos más ó menos vagos. Se añade tambien que el Papa es del parecer de los 55 obispos y que la condena tambien resueltamente. Estas noticias no están aún confirmadas del todo, y pudiera muy bien ser que no hubiera nada de lo dicho. Sin embargo, teniendo en cuenta la honra y el decoro que siempre ha manifestado el episcopado español; teniendo en cuenta que éste en épocas muy críticas de nuestra historia ha sabido conducirse con una imparcialidad y una severidad que le honran; teniendo en cuenta que ya han pasado aquellos tiempos en que los Cosmes y los Damianes ponían en entredicho al reino de Italia y casi amenazaban con la excomunion al Gobierno que quería reconocerle; teniendo en cuenta que las distinciones entre los poderes temporales y

espirituales vá haciéndose más claras cada día, creemos, más que creemos, estamos seguros de que esta noticia será cierta y que el episcopado español habrá demostrado de una manera categórica que él, siendo su única mision la predicacion de la verdad evangélica, no quiere inmiscuirse de ningun modo en las rudas batallas que en nuestro país se están dando los diferentes partidos.

Y ese Papa á quien se ha pintado tan intransigente y tan intolerante; ese Papa, cuyo silencio nosotros mismos hemos anatematizado; ese Papa, se levanta de su silla pontifical y condena al rebelde obispo. ¡Aleluya! Al fin el pontificado ha reconocido, aunque tarde, cuál era su mision, y ha procurado ajustar á ella sus actos. ¿No cree Roma que si desde hace mucho tiempo hubiese seguido esa conducta, hubiera sufrido menos vituperios y su suerte seria otra en la actualidad? Las instituciones se suelen arruinar por no cumplir con su mision y eso ha sucedido á la Iglesia romana. Metido el Papa á favorecedor de estos ó los otros príncipes; habiendo sido el cardenal Antonelli el más activo agente de los trabajos que se han hecho en Francia para elevar al trono al conde de Chambord; favoreciendo una ú otra parcialidad política, en los distintos países de la cristiandad, por fuerza había de sufrir menoscabo la autoridad del Pontífice y la de la Iglesia que aquel representaba, cuando aquella parcialidad política que le apoyaba sufriera una derrota. Poner las cosas divinas en juego para favorecer ciertas resoluciones humanas, es hacer correr á lo eterno la suerte de lo perecedero. Y la historia de los Papas no es otra cosa que esto. Pero hoy viene, aunque tarde, el arrepentimiento. Ya no habrá obispos españoles que presten sus palacios para servir de guarida á conspiradores carlistas; ya no se encontrarán armas en los coros de ciertas catedrales, ni pólvora y efectos militares en determinados conventos; el palacio episcopal de Vitoria no será un foco permanente de conspiracion; los curas facciosos dejarán las armas, volverán á sus parroquias y se arrepentirán del daño que han hecho á los hombres en general, sea cualquiera el partido político á que pertenezcan. El cura de Flix y el cura Galceran, tan célebres hoy por sus correrías, muchas veces salvajes y bandidescas, volverán á tomar la hostia entre las manos y á vestirse los hábitos sacerdotales, y todo será desde hoy paz,

concordia y ventura entre el clero católico español reprendido por sus obispos y amonestado por el Papa. Nosotros decimos con el poeta:

«Asi fuera verdad tanta belleza.»

LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS.

(Continuacion.)

En verdad que el contenido de los Evangelios apócrifos no tienen nada de comun con la obra de la redencion y el cumplimiento de la profecía. Estos relatos serian más bien una especie de vejacion parásita que habria nacido en los intersticios de la tradicion canónica. Ni sus autores pretenden hacer que pasen como Evangelios, ni, hablando con propiedad, merecen este nombre.

Esta divergencia capital que los separa profundamente de los libros canónicos dá origen á otras diferencias. Diferencias que se observan bajo cualquier punto de vista que se consideren estas dos clases de escritos. Y respecto á lo maravilloso de las narraciones, al estilo, á la impresion moral que producen en el espíritu del lector y al distinto papel que han representado en el seno de la Iglesia, ¡cuánta distancia no hay entre unos y otros! Este paralelo concluirá de manifestar, según esperamos, lo que son estas producciones apócrifas.

Lo primero en que contrastan, se refiere á lo que hay de sobrenatural en estos escritos. En los Evangelios canónicos el milagro es eminentemente moral: se vé en él una manifestacion del divino amor, una manifestacion de la eterna justicia, una manifestacion de la santa obra del Todopoderoso que interviene en el mundo para la salud espiritual de la humanidad. Se vé en él al Señor cómo hacía curas para aliviar las aflicciones del pueblo. Se vé en él, entre otros sucesos milagrosos, la transfiguracion que pone de relieve la divinidad de Jesús, profeta y rey espiritual del pueblo de Dios. Y se vé en él, en fin, como la prueba más poderosa del amor del Eterno hacia la humanidad, la resurreccion del Salvador, que forma parte integrante de su plan de la salvacion de aquella.

Ninguno de los hechos sobrenaturales del Señor ha sido moralmente inútil ó indiferente. No hay uno de ellos que haya tenido por objeto hacer alguna concesion al amor, á lo maravilloso, que tan pronunciado era en el pueblo de Israel, ni que se haya guiado por el espíritu de venganza ó de fanatismo. Por más que Satán tentase al Señor en el desierto, Él se negó á hacer un sólo milagro que fuese interesado. Se resistió enérgicamente al deseo de los judíos, que le pedían una señal del cielo para satisfacer su curiosidad. Y en otra ocasion

Jaime y Juan no pudieron conseguir de Él, por más que lo solicitasen, que hiciera caer el fuego del cielo para destruir una aldea inhospitalaria.

En las narraciones apócrifas no se observa en su parte maravillosa, tan parecida á los mitos paganos, ese fin moral de que acabamos de hablar. Sus autores han cedido, sin duda, ante el gusto á lo prodigioso; así se vé en *El Evangelio árabe*, que tanto se asemeja á los cuentos de *Las mil y una noches* y á *Las metamorfosis de Ovidio*.

Son muy parecidas á los antiguos romances; en ellas se ven mezcladas aventuras atrevidas, temerarias é imprevistas, con las historias de los santos, personajes, y á veces el relato de una curación piadosa se termina por un matrimonio, como pudiera hacerse en una tragedia ó en un entremés. En los Evangelios apócrifos, los milagros del Jesús que ellos nos representan son inspirados unas veces por un fin de utilidad personal ó de ostentación, y otras por la cólera y la venganza. El lazo que le unía á sus jóvenes compañeros, más que el amor y la admiración, le formaba el terror que en ellos infundía con las draconianas penas que impuso á todo aquel que le ofendía. Tanta repulsión le tenían sus parientes, que quisieron obligar á José á que cambiase de residencia y se llevase consigo á su hijo, «siempre dispuesto á maldecir á sus hijos y hacerles perecer.» *El Evangelio de Tomás el israelita* que cita este rasgo, ha sido atribuido á un autor maniqueo; y en verdad que no podía comprenderse que la parte de maravilloso que hay en este libro tan distinto del de las tradiciones canónicas, no proviniese de una fuente erética.

El carácter de las producciones legendarias que nos ocupa es también muy diferente del de los Evangelios canónicos. Estos últimos están llenos de una sencillez verdaderamente extraordinaria. Su lenguaje no tiene, por decirlo así, otro color que el del mismo asunto del libro. Al leerlos, se siente uno continuamente bajo la impresión inmediata de la gran personalidad del Salvador, que sin duda ninguna nos es presentada por ellos tal como era. En estas páginas santas parece que escuchamos su misma voz. Él habla y obra á nuestra misma vista. Poner de esta suerte al lector en contacto inmediato con los personajes cuya vida se pinta, es quizá el mérito supremo del historiador. Pero para esto es preciso que el nombre del autor desaparezca, y esto es lo que hacen los autores sagrados, constantemente exentos de todo falso subjetivismo. Su narración sucesivamente rápida ó serena, sobria ó abundante, prosigue en todos sus accidentes el fin de la realización de la salvación y la obra del Maestro, desarrollándose con gran amplitud en las porciones capitales del relato. Su dicción, siempre límpida como la misma luz, es también firme, enérgica, lacónica. No se vé nunca en el fondo de ciertos detalles la pueril vulgaridad. Su expresión es siempre grande, noble y llena de magestad. Gracias á esta amalgama tan prodigiosa de raras cualidades, á pesar de lo elevado del asunto, sus narraciones son perfectamente inteligibles y al alcance de todos los que los lean, y puede decirse que son eminentemente populares, en el verdadero sentido de esta palabra.

Los Evangelios apócrifos no tienen en realidad estilo. Los pensamientos intercalados en el discurso de sus relatos son triviales, pueriles, desnudos de valor y de interés. La expresión carece casi siempre de facilidad, sencillez, claridad y vigor. En vez del tono firme y seguro de los reyes del pensamiento, se nota en sus páginas que sus autores titubeaban, van con timidez á causa de su inexperiencia y la marcha de la narración es frecuentemente penosa, embarazada. Aquellos raras veces aciertan á colocarse al nivel de la grandeza del asunto. Unas veces son enfáticos, otras vulgares y á menudo pasan de repente y sin transición de un extremo á otro. En sus pinturas, queriendo remedar los Evangelios canónicos, detalles burlescos ó de mal gusto se ofrecen á cada paso al lector, puesto sobre el movedizo terreno de los relatos legendarios. Algunas porciones de un gusto más severo

que podrían figurar sin desventaja al lado de las bellas homilias griegas de los primeros siglos no contrastan ménos con el estilo de los cuatro Evangelios. Algunas líneas bastan para que nos sintamos trasportados á un mundo enteramente distinto del de los escritores canónicos.

Otro tanto puede decirse de la impresión moral que estos libros producen. Como las otras partes de la Santa Escritura, y más que ellas quizá, los cuatro Evangelios tienen una especie de propiedad secreta, una virtud interior y vivificante, que aquellos mismos que rechazan su inspiración, se ven obligados á reconocerla. Sabidas son aquellas célebres palabras que Rousseau pone en boca del vicario saboyano: «La magestad de las Escrituras me asombra; su santidad habla á mi corazón.» Quiérase ó no se quiera, estos relatos ejercen sobre el ánimo una influencia poderosísima. Le despiertan, le excitan, y haciéndole pasar por crisis solemnes, le preparan para las grandes luchas de la vida moral. Estos libros despiertan todas las energías desconocidas que hay en el fondo del corazón humano, y sobre todo de la voluntad. Llenan el alma de piadosos deseos, de santas resoluciones, y le comunican facultades sobrenaturales de abnegación, de adoración y de caridad. En su escuela se transforma el hombre. Por medio de ellos una nueva humanidad espiritual se crea. Sentida la virtud espiritual que ellos comunican, el alma no se liberta de su influencia y cien veces que se separa, cien veces vuelve á caer en ella.

Nada análogo á este género de impresiones presentan los Evangelios apócrifos. Ellos no obran de una manera sensible ni sobre la conciencia, ni sobre el espíritu, ni sobre la voluntad mucho ménos. Este contacto de nuestra alma entera con el contenido de los Evangelios canónicos, jamás la sentimos en aquellos relatos. En vano se busca en ellos esa temible espada espiritual que en los relatos sagrados viene á herir con benéficas heridas á la conciencia.

Cierto es que en determinadas esferas se ha alimentado el mundo con estas fábulas y se ha buscado y creído encontrar en su lectura una santa edificación; pero esta pretendida edificación era acaso un serio despertar de la conciencia, una verdadera renovación del corazón? ¿Qué eran sino vanas impresiones religiosas, mezcla confusa de misticismo y de poesía, algo semejante á las emociones que acompañan al culto de María, y á tantos otros actos de la devoción romana? Ciertamente semejantes impresiones, que apenas son religiosas y mucho ménos morales, son indignas de este grave nombre de edificación.

Por otro lado, lo que sólo puede cambiar el corazón y dar al alma un alimento sólido, es la Buena Nueva de salvación, el misterio de la Encarnación, la muerte expiatoria de Cristo entregado por nuestros pecados, y todos estos grandes hechos no ocupan ningún lugar casi en los apócrifos. La perfección moral de Cristo, modelo y tipo divino de la vida humana, puede sólo santificar. La vida pública del Salvador se encuentra no más en estas leyendas. El Cristo de los apócrifos no enseña nunca y pocas veces obra de una manera que pueda ser ofrecida á nuestra imitación. ¿Cómo los escritos apócrifos, desnudos de todo aquello que puede ejercer influjo sobre la conciencia, podrán jamás ejercer una verdadera edificación? Nunca.

Por lo demás, haga cada cual en sí mismo la experiencia; reléase una página tomada á la casualidad en uno de los cuatro Evangelios, y una del *Evangelio árabe*, una del de *Nicodemo*, ó del relato del *Israelita*, y en seguida dése uno cuenta de las distintas emociones que ha sentido con estas dos lecturas. En vez de esa poderosa virtud que cautivó á Rousseau, no se tendrá ni aun la seria impresión que nos deja un libro religioso cualquiera, por vulgar que sea; no se sentirá más que la penosa sensación del vacío moral. Para una obra de este linaje, esta es una verdadera prueba, prueba que no engaña jamás.

Comprendemos perfectamente por qué esas dos

clases de Evangelios han hecho en el seno de la Iglesia un papel tan diferente y han ocupado un rango tan distinto. Los unos han sido solemnemente reconocidos como merecedores de autoridad en materias de fé, mientras que no ha sucedido lo propio con los otros, por más popularidad de que hayan gozado. Aunque sufriendo la influencia de ellos como sabemos, la Iglesia católica les ha tildado de apócrifos y les ha marcado con una señal indeleble de falta de autenticidad.

¿De dónde han tomado, sin embargo, esos relatos el nombre de Evangelios que de ninguna suerte merecen?

Creemos que ese título glorioso fué dado á las colecciones de leyendas cristianas, á semejanza de lo que se practicaba en las sectas de que hemos hablado. Los autores de relatos gnósticos y judaizantes de la vida del Salvador, aun acomodando la palabra y la obra de Cristo á sus miras particulares, creían ó afectaban creer que exponían ellos también la Buena Nueva de salvación; así se explica que sus escritos hayan recibido el nombre de Evangelios de aquellos que los leían y alimentaban con su lectura su inteligencia; este nombre se aplicó naturalmente á las colecciones del mismo género que circularon entre los fieles en los primeros tiempos de la Iglesia cristiana.

Ahora, ¿cuál es el origen de estos libros y cuál ha sido su historia? Cuestión es esta que resolveremos en otro artículo.

EFFECTOS DE LA GRACIA.

La gracia como es semejanza de Dios, entrando en nuestra alma, y prendiendo luego su fuerza en la voluntad de ella, la hace por participación, como de suyo es la de Dios, ley é inclinación y deseo de todo aquello que es justo y que es bueno. Luego por orden secreta y maravillosa, se comienza á pacificar el reino del alma y á concertar lo que en ella estaba encontrado, y á ser desterrado de allí todo lo bullicioso y desasosgado que la turbaba, y descúbrese entonces la paz y muestra la luz de su rostro, y sube, y crece, y finalmente, queda reina y señora. Porque en estando aficionada por virtud de la gracia la voluntad, luego calla y desaparece el temor horrible de la ira de Dios, que la movía cruda guerra, y que poniéndosela á cada momento delante, la traía sobresaltada y atónita. Y la voluntad y la razón, que estaban hasta aquel punto perdidamente discordes, hacen luego paz entre sí; y así cesa aquella amarga y continua lucha, y aquel alboroto fiero, y aquel continuo reñir con que se despedazaban las entrañas del hombre... y el sentido y las fuerzas del alma más viles, que nos mueven con ira y deseos, con los demás apetitos y virtudes del cuerpo, reconocen luego el nuevo huésped que ha venido á su casa, y la salud y nuevo valor que para contra ellos le ha venido á la voluntad.

Porque á la verdad, ¿qué es lo que hay en el cuerpo, que sea poderoso para desasosgar á quien es regido por una voluntad y razón semejante? ¿Por ventura el deseo de los bienes de esta vida le solicitará, ó el temor de los males de ella le romperá su reposo? ¿Alterarse há con ambición de honras, ó con amor de riquezas? ¿O con afición de los ponzoñosos deleites desalentado saldrá de sí mismo? ¿Cómo le turbará la pobreza al que de esta vida no quiere más de una estrecha posada? ¿Cómo le inquietará con su hambre el grado alto de dignidades y honras, al que huella sobre todo lo que se precia en el suelo? ¿Cómo la adversidad, la contradicción, las mudanzas diferentes y los golpes de la fortuna le podrán hacer mella, al que todos sus bienes los tiene seguros y en Ti? Ni el bien le azoza, ni el mal le amedrenta, ni la alegría le enorgie, ni el temor le encoje, ni las promesas le mueven, ni las amenazas le desquician; ni es tal, que lo próspero ó lo adverso le muden. Si se pierde la hacienda, alégrase como libre de una carga pesa-

da. Si le faltan los amigos, tiene á Dios en su alma, con quien de continuo se abraza. Si el odio, ó si la envidia arma los corazones ajenos contra Él, como sabe que no le pueden quitar su bien, no los teme: en las mudanzas está quedo, y entre los espantos seguro.

P. M. LEON. (*Nombres de Cristo.*)

EL PAPA Y EL EMPERADOR GUILLERMO.

El diario oficial del imperio alemán publicaba días atrás dos documentos de gran importancia, de que ya hemos dado conocimiento en el número pasado á nuestros lectores, documentos que por otra parte eran esperados con notable impaciencia. Nos referimos á la carta que remitía el Papa Pío IX el 7 de Agosto al Emperador Guillermo I de Prusia, y la respuesta de este del 3 de Setiembre. Estos dos documentos son dignos de estudiarse, porque señalan de una manera característica los signos del tiempo en que vivimos.

La carta del Papa está impregnada de ese espíritu de violencia y de intemperancia que caracteriza los discursos de este. Comienza por acusar al Gobierno imperial de sostener y proseguir sistemáticamente una guerra despiadada contra la religión de una parte de sus súbditos, con el propósito de destruir la línea de conducta que el Pontífice califica de impolítica tanto como de injusta. Los motivos de esta hostilidad afecta el Papa ignorarlos. Insinúa que el Emperador no es el que hace aquello sino sus ministros, y que semejantes disposiciones repugnan sin duda á su conciencia y son contrarias á su voluntad. Le amenaza con el espectro de la revolución y le advierte que «tales medidas han de concluir por minar los fundamentos de su trono.» Finalmente, levanta su autoridad sobre la del Emperador segun la eterna pretension de los Papas, de que todo cristiano deba ser servidor suyo.

A estas gentilezas diplomáticas, ¿qué ha contestado Guillermo I? Su carta es la que podía esperarse de un hombre de su franqueza, y perfectamente comprendida en su alta posición. Comienza por atribuirse la responsabilidad de todos los actos de su Gobierno; despues, corrigiendo los falsos informes que el Papa tiene sobre los asuntos de Alemania, explica las razones que han obligado al Gobierno de Berlin á recurrir á las presentes leyes eclesiásticas. Estas razones son conocidas de todo el mundo; el Papa sólo es el que afecta ignorarlas. Enorgullecido el partido ultramontano, que ha hecho siempre cuando estaba en el poder todo lo posible para impedir la unidad italiana, ha hecho lo mismo en Alemania, y ha puesto á la unidad germanica cuantos obstáculos ha podido. Y como la Prusia era el Piamonte de la Alemania, y de Rusia solamente la gran nacion tudisca podía obtener la libertad que el Piamonte habia dado á Italia, el partido clerical ha dirigido toda su actividad de 30 años á esta parte á oponer toda clase de impedimentos al ascendiente prusiano, al engrandecimiento de aquella monarquía, y á la idea de libertad y progreso por ella representados. No ha ahorrado para este fin ninguna clase de esfuerzos, pues ora se ha aliado con los enemigos de la patria, como se ha visto con ocasion de la guerra con Austria y con Francia, ora se ha aliado con los socialistas y con los demagogos más extremos. Se vé, pues, que hay clericales que por cualquier medio y de cualquier manera quieren dominar, y dominar sólo en el mundo.

No podemos comprender el fin que llevan los clericales al decir que son perseguidos. Esto es historia antigua. No se los persigue, no se los encierra, no se los decapita, luego son libres. El que se establezcan leyes represivas contra ellos, no quiere decir otra cosa, sino que su audacia es tanta, que las hace necesarias. Con ellas no se destruirá la religion, esté seguro el Papa. Y si se encierra algunos obispos rebeldes, ¿se les encar-

cela por ser católicos romanos, ó por levantarse contra las leyes del Estado? Las leyes eclesiásticas promulgadas en aquel país, tienen por objeto darles instrucciones suficientes para el cumplimiento de sus cargos eclesiásticos é impedirles que conviertan su autoridad religiosa en medios políticos contra el Gobierno, excomulgando aquellos que no piensan como ellos en materias temporales, y que no quieren tomar como regla de su conducta política, la palabra de orden emanada del Vaticano. ¿Dónde está en esto la persecucion? ¿En qué se destruye por esto á la Iglesia?

Lo cierto es que el Papado y el mundo moderno, no hablan hoy el mismo lenguaje y no raciocinan hoy con la misma lógica. ¿Cree el Papa acaso que la infalibilidad ha venido á destruir el sentido comun del mundo? Sin duda lo cree, cuando cree que le pertenecemos aún como en otro tiempo. Los pueblos no piensan así. Las sociedades han cambiado de rumbo, y el Papado no es más que una institucion muerta. Sin duda se cree el Papa en aquellos tiempos en que el mundo entero era suyo, y en que separaba á España de Portugal, dos países que no pertenecian al Papa sino á sus reyes naturales. Semejante orgullosa pretension, bien merece la leccion que Guillermo I le ha dado, recordándole que él pertenece á la religion evangélica, la cual no le permite reconocer en sus relaciones con Dios otro mediador que Jesucristo.

En suma; de esta correspondencia resulta de un modo clarísimo que el Papado es siempre el mismo, que su ruptura con el mundo moderno es completa, y que por tanto, se avecina cada día más su muerte. En Alemania su poder ha concluido; su autoridad ha pasado, y en vano podrá esperar recuperarla. Estos dias han escrito los periódicos que el Papa habia vuelto á escribir otra vez al Emperador Guillermo otra carta en contestacion á la suya, carta que se obstina en que no se publique. No acertamos á creerlo. Despues de la soberana leccion que el Emperador Guillermo le ha dado, seria ridiculo, y hasta grotesco, exponerse á recibir otra. Está tambien en lo posible que el Emperador no le conteste, y en verdad que hará bien.

EL EVANGELIO Y EL CATOLICISMO ROMANO, con textos del Nuevo Testamento, segun la traduccion del Padre Felipe Scio.

(Continuacion.)

1.^a Tesalonicenses, v, 24. Fiel es el que os ha llamado, el cual tambien lo cumplirá.

Hebreos, xii, 25. Mirad que no desecheis al que habla.

Hebreos, x, 22. Lleguémonos á Él con verdadero corazon, con fé cumplida, purificados los corazones de conciencia mala, y lavados los cuerpos con agua limpia. 35. Pues no queráis perder vuestra confianza que tiene un crecido galardón.

El objeto de la venida del Señor á este mundo, está expresado distinta y claramente.

San Lucas, v, 30, 32. Mas los fariseos, y los escribas, de ellos estaban murmurando, y decian á los discípulos de Jesús: ¿Por qué comeis y bebeis con los publicanos y pecadores? Y Jesús les respondió y dijo: Los sanos no necesitan de médico, sino los que están enfermos. No soy venido á llamar á los justos á penitencia sino á los pecadores.

Pero si el Señor ha venido al mundo por los pecadores y para los pecadores, ¿por qué no debemos ir á Él? ¿Para qué los rodeos?

María la Madre de Jesús. Como se sabe, de todos los santos ninguno es tan venerado como María. No hablaré de que el Papa ha proclamado el 8 de Diciembre de 1854 un nuevo dogma, es decir, el dogma de la Inmaculada Concepcion de María, y que ha dado con eso una prueba de que en la Iglesia romana son introducidas nuevas doctrinas: tam-

poco hablaré de los nombres que le son dados á ella en los decretos oficiales del Papa, como por ejemplo, Reina del cielo y de la tierra, Reina de la gracia, Confortadora de toda la tierra, Reconciliadora para con Dios y otros más, y que la han atribuido una posición tan alta y elevada, que ya no se distingue de la de una diosa. Aquí hablaré solamente del perjuicio que el culto de María trae consigo para la vida práctica de los creyentes. Este consiste especialmente en los dos puntos siguientes:

1.^o El culto de María ha ocupado un lugar tan grande, que Jesucristo, el verdadero Salvador y Redentor del mundo, ha sido rechazado; y esto en tal grado, que el cristianismo romano teme si se volverá en una religion de María; y en algunas partes de la cristiandad católica romana en Francia, en Italia y en España, esto ya ha sucedido. En muchísimas publicaciones ó papales ó eclesiásticas se hallan nombrados los santos Pedro, Pablo, y ante todos María, mientras el nombre de Jesucristo no se halla en ellas.

2.^o En libros de devocion que han sido propagados muchísimo por los jesuitas, y en otras partes, se encuentran expresiones como las siguientes: La Madre tiene superioridad sobre el Hijo; el Hijo no puede negar á la Madre nada, las oraciones al Hijo de Dios muchas veces no son oídas, mientras la oracion á María siempre es oída, y otras más que en verdad son expresiones blasfemas. Ya es llegado el tiempo de que los católicos romanos dejen estos caminos erróneos y vuelvan otra vez al Salvador y al Evangelio puro y original con toda firmeza de ánimo, si no quieren olvidar enteramente el Evangelio y el camino de salvacion.

Hemos dicho en el principio que el clero debía ser responsable por tales abusos. Él se encuentra en posición de poder corregirlos. Sin embargo, esto no se hace. El Papa, quien ha favorecido tanto el culto de María, y el clero son responsables de las almas que se pierden; y tanto más, cuanto exigen de los laicos obediencia absoluta bajo su autoridad y les coartan muchas veces los medios de poder instruirse á sí mismos.

5. *Las indulgencias.* Un desvío del camino sencillo de la salvacion son las indulgencias. Por ellas son condenadas las penitencias y las obras de satisfaccion que la Iglesia ha impuesto, y lo que no se ha expiado aquí en la tierra debe de expiarse aun despues de esta vida en el purgatorio. No se puede disfrutar completamente del perdón de los pecados si no se han cumplido todas las condiciones bajo las cuales el perdón ha sido otorgado. Como por medio de las indulgencias se entra como se dice en el disfrute del perdón de los pecados, se dice generalmente de una manera abreviada: por las indulgencias se gana el perdón de los pecados. La ganancia de la Iglesia, quiero decir, del clero, no es ménos grande que la de los pecadores. Mientras á estos se ofrece por las indulgencias un camino más ligero, la Iglesia gana, sea dinero, sea otras ventajas. Las intenciones de los hombres son desviadas de esta manera de Cristo, á las penitencias y las indulgencias. Lo único que les importa es arreglar la cosa con el clérigo; si se ha concluido bien esta especie de negocio, entonces el sacerdote garantiza la bienaventuranza y la pobre alma tiene sosiego. Las indulgencias perfectas, que se compran muchas veces bajo unas condiciones muy baratas, ofrecen de esta manera un medio muy estimado para poder evitar todo lo que manda la Iglesia ó satisfacerlo con la apariencia de derecho. ¿Cree el hombre que puede librarse de un modo tan fácil de la culpa de sus pecados? No, si mira el cómo las obras mandadas han sido cumplidas. Mas como estas obras y las indulgencias pueden ser aplicadas á otros tambien, y como el tesoro de las obras buenas excedentes de los santos es inagotable y no es difícil participar de ellas, en verdad se ha hecho fácil para los hombres la salvacion. De una conversion, de una imitacion de los sentimientos ya no se habla más, y toda la intencion es participar de las ceremonias eclesiásti-

cas. ¡Que Dios tenga piedad de tanta ceguedad é ignorancia!

Apéndice 1.º De la palabra *fé* se abusa muchas veces. Ordinariamente se entiende por esta el sólo creer que la doctrina cristiana sea verdadera. La *fé muerta* y la *fé viva* no se distinguen de la *fé muerta*, dice el apóstol Santiago, II, 19: «También los demonios creen y tiemblan.» De la *fé viva*, se dice: (San Juan, III, 36) «El que cree en el Hijo, tiene vida eterna.» ¿Cómo pudiera ser feliz un sólo momento un pecador, que era verdaderamente la palabra, (Gálatas, III, 10) «Maldito todo el que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la Ley para hacerlas?» ¿No debía Él perecer del temor sólo de las eternas penas del infierno? ¿Y cómo pudiera estar triste un sólo momento aquel pecador que cree verdaderamente en Jesús y entiende la palabra (Gálatas, III, 11) «El justo vive de la fé,» porque ha sido salvado de las penas eternas del infierno, y aceptado como hijo de Dios por la gracia? ¿No debía estar eternamente agradecido por tal beneficio?

La *fé muerta* mueve los hombres á acumular aquellas obras nuestras como obras de mérito, mas y más cada día, sin espíritu y vida, porque todavía no cree que todo lo que ha hecho hasta ahora le ha aprovechado. Quiere venir una vez por fin á la paz del corazón. Pero queda fijo en la incertidumbre y ansiedad, porque no cree en el poder de la muerte de Cristo. Y con toda esta ansiedad tienen buen ánimo y corren de la iglesia á la taberna. ¡Pueblo ciego! No conoce el cristianismo interior.

Creer haber hecho bastante cuando se ha cumplido con alguna devoción, las obras mandadas y los ejercicios. Leer ó decir un cuarto de hora oraciones acerca de la humildad, llaman ellos ejercer un cuarto de hora en la humildad. ¡Qué desatino!

Apéndice 2.º Bajo la palabra *penitencia* ó *arrepentimiento* no se debe pensar en expiar los pecados. En este pensamiento falso se funda la doctrina del *purgatorio*. Lo que en la vida no ha sido expiado todavía, debe expiarse en el *purgatorio* después de la muerte. Ninguna doctrina más perniciosa que esta, porque primeramente seduce á la Iglesia á hacer un tráfico infame con los pecados, y después es imposible librar tal doctrina de los abusos más grandes. La ganancia de poder y dinero es demasiado grande para que muchísimos sacerdotes no se dejasen seducir por un negocio provechoso. Las almas ansiosas de los laicos son atormentadas inútilmente, y las almas ligeras aumentan su ligereza, porque les queda con todo eso la posibilidad de una salvación final. Entre hombres inteligentes y cultos esta doctrina trae muchas veces la consecuencia de una apostasía é incredulidad total, presentándoles todo el sistema de la *fé* y de la doctrina solamente bajo la vista de una gerarquía fundada en el egoísmo y engaño. La doctrina sencilla del santo Evangelio es que el Hijo de Dios ha expiado los pecados por nosotros en la cruz. *No es menester pagar una deuda dos veces.* Si las deudas están pagadas, ya no hay más deudas. Si tu fiador ha satisfecho al acreedor en tu lugar, entonces tú estás completamente libre de tu acreedor. Y si tú debieras pagar después todavía al fiador, entonces tu situación no se había mejorado en nada. El rico Hijo de Dios ha pagado por nosotros como Redentor. Esto no sería efecto del amor y de la misericordia si después quería pedir el pago de nosotros, y no lo quiere tampoco. *En lugar del derecho y de la ley se pone ahora la obligación del corazón, es decir, el amor y el agradecimiento por la salvación experimentada.* Bajo la palabra *penitencia* se debe entender con mayor razón el dolor interior de los pecados. Lágrimas de penitencia son lágrimas de arrepentimiento y de la pena interior del alma. En el Nuevo Testamento, sin embargo, significa esta palabra mudanza del sentimiento, conversión. «Haced penitencia, ó arrepentíos,» quiere decir traducido literalmente: «mudad vuestro sentimiento, convertíos.» El principio de la verdadera mudanza del sentimiento es este dolor del arrepentimiento.

San Juan, V, 24. En verdad, en verdad os digo: «Que el que oye mi palabra y cree á Aquel que me envió, tiene vida eterna, y no viene á juicio, mas pasó de muerte á vida.» (Entre la muerte y la vida eterna, pues, no hay purgatorio en medio).

San Juan, III, 18. Quien en Él cree *no es juzgado*, mas el que no cree ya ha sido juzgado, porque no cree en el nombre del unigénito Hijo de Dios. La *fé* y la incredulidad son las dos señales características de la salvación. Si tiene el hombre esta *fé salvadora*, entonces puede echar de ménos al sacerdote, es decir, no considerando ahora que pueden hacer buenos servicios como instructores de la verdad.

San Lucas, XXIII, 39, 43. Y uno de aquellos ladrones que estaban colgados, le injuriaba diciendo: «Si tú eres el Cristo, sálvate á tí mismo y á nosotros.» Mas el otro respondiendo le reprendió diciendo: «Ni aun tú temes á Dios estando en el mismo suplicio. Y nosotros en verdad por nuestra culpa, porque recibimos lo que merecen nuestras obras, mas este ningún mal ha hecho.» Y decía á Jesús: «Señor, acuérdate de mí cuando vinieres á tu reino.» Y Jesús le dijo: «En verdad te digo, que hoy serás conmigo en el Paraíso.»

1.º Este malhechor se salva sin que haya menester pasar por el purgatorio, aunque tenía que expiar ¡quién sabe cuántas cosas! Por consiguiente, no hay purgatorio ninguno. Lo que era posible con este malhechor, ¿por qué sería imposible con nosotros?

2.º Este malhechor tenía arrepentimiento y *fé*; arrepentimiento, porque confesaba que con derecho había merecido su muerte; *fé*, porque miraba á su Salvador y le suplicaba.

Salmo, CIII, 1, 3. Bendice, alma mía, al Señor, y todas las cosas que hay dentro de mí á su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, y no te olvides de todos tus galardones. Él perdona todas tus maldades. Él sana todas tus enfermedades.

Hebreos, X, 17, 18. Y nunca jamás me acordaré de los pecados de ellos ni de las maldiciones de ellos. Pues en donde hay remisión de estos, no es ya menester ofrenda por el pecado.

Apocalipsis, XIV, 13. Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde hoy más, dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos porque las obras de ellos los siguen. (NB no que las obras les precedan para abrirles la puerta del cielo, sino que siguen á ellos.)

Isaías, VI, 25, 26. Dirá, pues, en el Señor: «Mias son las justicias y el imperio; á él vendrán y serán confundidos todos los que le contradicen. En el Señor será justificada y alabada toda la descendencia de Israel.

Jeremías, XXXIII, 16. El Señor, nuestro Justo. Oseas, XIV, 16. ¿Quién es sábio y entenderá estas cosas? El entendido sabrá esto porque los caminos del Señor son rectos, y los justos andarán por ellos; mas los prevaricadores caerán por ellos.

Efesios, I, 7, 8. En el amado Hijo de Dios tenemos la redención por su sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia, la cual ha abundado en nosotros copiosamente en toda sabiduría é inteligencia.

Efesios, II, 4, 10. Mas Dios que es rico en misericordia, por su extremada caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dió vida juntamente en Cristo, por cuya gracia sois salvos. Y con Él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos con Jesucristo, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia por su bondad sobre nosotros en Jesucristo. Porque de gracia sois salvos por la *fé*, y esto no de vosotros, porque es un don de Dios, no por obras para que nadie se glorie. Porque somos hechura de Él mismo, criados en Jesucristo para buenas obras, las que preparó Dios para que anduviésemos en ellas.

(Se continuará.)

MANÍA DE LAS PEREGRINACIONES.

Con celo digno de mejor causa y con trabajo que podría dar mejores frutos, ha concluido una de estas singulares manifestaciones político religiosas que nos recuerdan las de los tiempos de los santos cruzados, ó de las escenas que se presenciaban cada año en las orillas del Ganges, río sagrado del Indostan. En Paray-le-Monial (Francia) 800 ingleses distinguidos, como tantos millares de fieles de todas las naciones, han asistido al santuario, ó lugar santísimo del «Jardín de Aparición» á ver y adorar el velo de la Madre de Jesús. Estos distinguidos ingleses manifestaban su culto con los demás cojiendo puñados de tierra, arrancando hojas de los árboles, y echándose al suelo *sagrado* donde el Señor se manifestó á María Margarita Alacoque, cuya historia damos á continuación.

A últimos del siglo XVII había una monja, llamada María Alacoque, de la orden de la Anunciación, del monasterio de Paray-le-Monial, sobre el Loire. Era de temperamento enfermizo, ardiente, excitable, y probablemente sujeto á alucinaciones. Dos años después de su profesión, pretendió haber recibido una visita personal y corporal del mismo Cristo en su forma humana. Cuenta que Él reclinaba su cabeza sobre su seno, y que en aquellos momentos reveló por primera vez los misterios inefables de su divino corazón. Después de eso Él reclamó por ofrenda su corazón, y la permitió que mirase el suyo por medio de su costado herido. Dice que lo halló semejante á un horno encendido, y que en medio de él percibió un pequeño átomo, el cual era su propio corazón. Cristo lo tomó, y se lo devolvió en una condición flamante, y lo colocó nuevamente en su costado. Desde aquel momento sintió ella un dolor continuo en la región del corazón, y para quitárselo fué sangrada, y como alega, por consejo de Jesús, 192 veces. Habiéndola devuelto su propio corazón, Cristo la hizo heredera «por tiempo y eternidad» del suyo, y la dió poder absoluto para disponer, según su voluntad, de sus tesoros á favor de todas las personas que pudiesen hallarse dignas de tan gran beneficio. Además pretendió haber visto los santos y los ángeles, la bendita Virgen y la Santa Trinidad, y afirmó que Cristo la había autorizado para fundar la «Devoción al Sagrado Corazón,» y de participar el mandato á su confesor, el padre jesuita La Colombiere. Este padre jesuita no tardó en poner en práctica su flojida autorización. Clemente XIII sancionó formalmente la creación de dicha orden, aunque á Clemente XIV le pareció bien suprimir la traducción italiana de la biografía de esa visionaria fanática, escrita en 1729 por Longuet, obispo de Soissons. Empero en 1836 era tal el vuelo que había tomado esta devoción, que en Roma ya se hacían los preparativos para la canonización de su fundadora, la cual no tuvo, sin embargo, lugar hasta 1864, y bajo la poderosa influencia de los jesuitas, que manifestaron el mayor celo en todo el negocio. El espíritu de la persona que visitó á María Alacoque, á no ser toda la escena una alucinación, se puede discernir del consejo siguiente, el cual esta profesó haber recibido:—«Es tu deber sacrificar no solamente tu voluntad propia, sino también tus percepciones, juicios y razones á la voluntad de tu superiora; si tú siguieras la voluntad suya en preferencia á la mía, prohibiendo ella lo que yo he mandado, yo consentiré.» Lanquet declara que ella vino á ser la esposa de Cristo, y distingue sus diferentes grados, el ofrecimiento y la aceptación, los desposorios y el casamiento. ¡Hasta tal extremo han llegado á degradarse los romañistas!

El *Diario de Barcelona* nos dice que antes de emprender dichos peregrinos ingleses su romería desde Londres, el arzobispo Manning les dirigió un elocuente sermón, demostrando con la Biblia la verdad de los milagros obrados por la virtud del velo de María. Pero, ¡qué ceguedad y blasfemia, comparar los milagros de la Biblia con las neceda-

des de Roma! Los milagros de la Biblia fueron hechos para arraigar doctrinas santas, y nunca en apoyo de doctrinas como la del *celibato*, de *misas* y *oraciones para los muertos*, etc., y otros mil abusos de la religion que ha inventado la Iglesia de Roma, y que no tienen otro apoyo que las tradiciones de hombres y los libros apócrifos. La Biblia condena en cada página estas doctrinas y prácticas paganas; y particularmente nos previene que nos guardemos de la levadura de Herodes, la cual no es otra que esa mezcla de política y religion, y adulteración de la palabra divina para lograr sus fines jesuíticos, que siembran el mundo de miserias y sangre, y que hoy día más que nunca buscan destruir la paz de Europa, para quitarnos luego las más sagradas libertades civiles y religiosas. Y todo esto quieren lograrlo fanatizando el mundo, obligándole á prestar culto á santos de madera, á dientes y huesos de los osarios de Roma.

Segun nos cuenta el *Diario de Barcelona*, «ha sido renovado el local destinado á la imagen de la patrona de Barcelona que se venera en la iglesia de la Merced; tambien han colocado una nueva gradería que sustituye á la que antes servia para subir á dorar á la imagen. Es de caoba, con filetes dorados, y cada peldaño vá cubierto por una alfombra de delicadas labores policromas por medio de la cual se evitan los resbalones cuando hay besamanos, etc.»

No obstante de las revelaciones de estos antiguos objetos de idolatría, y de los esfuerzos hechos para alcanzar por estos medios algun fin político, nos convencemos cada día más y más de que vá perdiéndose la reverencia á las imágenes, como se pierde tambien el poder y la autoridad del confesorio; lo prueba el siguiente chistoso anuncio sacado del *Diario de Barcelona*:

«De un altar de la iglesia de Nuestra Señora del Pino, desapareció el Niño Jesús que sostenia la imagen de San Antonio de Pádua; se suplica á la persona en cuyo poder se halle, se sirva llevarlo á la sacristía de dicha iglesia, que se le guardará el secreto y se le gratificará.»

De los dos extremos que abrazan las anteriores líneas, no sabemos cuál merece mayor censura: si la acción del robo, ó la actitud de la iglesia premiando el ladrón. Pero lo que llama nuestra atención es, que otra vez se ha perdido el Niño Jesús, y que su Madre no tiene presciencia infalible para encontrarle. (Lúcas, II, 48.)

¡Oh! cuán triste es ver tanta idolatría cuando la Palabra de Dios dice: (Exodo xx, 4) «No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra.»—¡Cuánto se parecen estas idolatrias modernas á las antiguas! de las cuales dice la Escritura: «Porque dirán las gentes: ¿Dónde está ahora su Dios? Y nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho. Sus ídolos son plata y oro; obra de manos de hombres. Tienen boca, mas no hablarán; tienen ojos, mas no verán. Orejas tienen, mas no oirán; tienen narices, mas no olerán. Manos tienen, mas no palparán; tienen piés, mas no andarán, no hablarán con su garganta. Como ellos son los que los hacen; cualquiera que en ellos confía.» (Salmo cxv, 2, 8.)—¡Cuán contraria es la idolatría al espíritu del Nuevo Pacto! Véase: Juan, iv, 21. Revelación, xix, 10. Actos, x, 29. — ¡Cuánta blasfemia, cuántas falsas doctrinas se han confeccionado, cuántos crímenes se han cometido en el santo nombre de Jesús! Una vez fué crucificado entre ladrones; pero cada día se repiten por mil siglos estos actos satánicos. «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» «Yo soy el camino, la verdad y la vida,» dice el Señor.

Padres de familia, mirad que vuestros hijos no caigan en manos de estos falsos profetas de la humanidad; endoctrinándoles en estas necedades, las nubes de la ignorancia continuarán oscureciendo la inteligencia de vuestros hijos hasta arruinar su cuerpo y alma. Buscad, leed, comparad en la Santa Biblia el camino de la verdad como ha sido en-

señado por el Señor Jesús con lo que os enseñan estos modernos reccionarios, partidarios del error.

LOS JUDÍOS.

X.

Los judíos que habitaban el Mediodía de España quisieron hallar un refugio en el Africa, y bien triste fué la suerte que les cupo. Del Puerto de Santa María y de Cádiz, con rumbo á Oran, salieron 24 buques cargados de israelitas; de estos 24 buques, 17 capitaneados por Pedro Cabron; sorprendidos en el mar por una recia tempestad, tuvieron que ampararse bajo las montañas del puerto de Cartagena. Muchos judíos de los que en ellos venian, una vez en Cartagena y por no volver á sufrir otra vez los riesgos del mar, se bautizaron y volvieron á entrar en Castilla la Vieja. Los demás se hicieron á la mar de nuevo. De estos, unos arribaron á Málaga, donde cansados de tantos sufrimientos, abjuraron del judaismo; otros arribaron á Fez, tuvieron que atravesar el Atlas á pié, casi sin víveres, acosados por las hordas salvajes y por las fieras del desierto, hasta que llegaron á encontrarse con sus hermanos que los recibieron con trasportes de alegría, y otros muchos, en fin, perecieron durante la travesía, atormentados por la miseria y los sufrimientos, y víctimas no pocos de la hediondez de los buques en que eran transportados.

Los que fueron á Francia fueron perfectamente acogidos, y se establecieron en Marsella, Lyon, Tolosa, Perpignan, Burdeos, Nantes y otros puntos. El Parlamento de Burdeos, más humano que nuestras Cortes en 1574, prohibió molestar á los judíos españoles y portugueses domiciliados en el territorio de su jurisdicción. Otros se establecieron en Londres, Nueva York, Amberes, Amsterdam, y otros puntos de los Países Bajos, Dinamarca y Alemania. Allí donde se establecieron levantaron al punto sinagogas. Ellos fueron de los primeros en valerse de la imprenta recién inventada, y llevados del espíritu mercantil que siempre ha sido carácter propio de esta raza, establecieron muchas en Alemania. Los que se aposentaron en Suecia adquirieron reposo y bienestar. Cuando la reina Cristina de aquel país subió al trono, impulsó con poderosa mano las artes y las ciencias, y distinguió notablemente á los judíos españoles que sobresalieran en ellas. Bossio, cuyo padre había sido arrojado de España, fué nombrado gentil-hombre de cámara y secretario de la reina. Isaac de Jeira, fué su ministro residente en la importante ciudad de Hamburgo.

Los judíos que quedaron en España y que recibieron el bautismo, cuyo número no pasaría de 30.000, fueron llamados *cristianos nuevos*. Hecha esta distinción entre cristianos viejos y nuevos, ella había de ser por sí sola una nueva causa de separación y divorcio entre judíos y castellanos viejos. Estas denominaciones de cristianos viejos y cristianos nuevos no desapareció hasta el siglo XVIII. Los Reyes Católicos no se contentaron con expulsar á los judíos, sino que no quisieron que quedase rasgo ni traza de ellos en toda la Península. Acontecía que muchos judíos extranjeros, atraídos por la ganancia y los magníficos negocios que en España hacían, entraban y salían por sus tierras con notable frecuencia, y aseguraban que podían hacerlo, pues siendo ellos extranjeros y no sujetos á las leyes españolas, no les alcanzaba el decreto de expulsión promulgado por los Reyes Católicos. Para evitar esto, dieron estos una pragmática en 5 de Setiembre de 1499, por la cual se extendían las duras ordenanzas del decreto de Granada á todos los judíos que llegasen á España, condenando á los contraventores á la pena de muerte y á la confiscación de bienes.

En 1511, los cristianos nuevos, dependientes de

la jurisdicción del Santo Oficio de Sevilla, hicieron un acuerdo con la reina Doña Juana; pidiéronla los judíos que usase con ellos de misericordia y que les habilitase para todo aquello que antes les estaba prohibido. A los reconciliados é hijos y nietos de los reconciliados por el delito de herejía y apostasía se los repuso en el estado en que estaban antes de caer en aquella incapacidad; se les perdonaron las penas en que hubieran incurrido por violar las pragmáticas reales; se les permitió viajar por mar y por tierra, servirse de todas las cosas que antes les estaban prohibidas, traficar con los indios de América, permanecer dos años en aquella tierra y otras mil ventajas que antes no gozaban.

La expulsión de los judíos, dice un notable escritor, privó á España de hábiles comerciantes é industriales, precisamente cuando por el descubrimiento del Nuevo Mundo, tenia más necesidad de ellos. Gracias á esta medida, al establecimiento de la Inquisición, á la expulsión de los moriscos que vino más tarde, y á la funesta política exterior á que la casa de Austria nos condujo, el descubrimiento de la América, en lugar de contribuir al bienestar de España y al desarrollo de su prosperidad, fué una de las causas de su decadencia, siendo las otras naciones de Europa que dieron asilo á los judíos las que sacaron el fruto, absorbiendo los tesoros que los españoles traían de América; porque estando arruinada nuestra industria, teníamos que mandar á Ultramar los productos de la extranjería. De esta manera se veía con dolor que cuanto más oro venía de América más pobre estaba España, y la expulsión de los judíos, lejos de disminuir la usura, no fué más que una ocasión para aumentarla.

LA TRIBULACION.

¿Por qué, por qué me dejas?
Señor, Dios mio, Padre, vuelve y mira,
¿De mis ardientes quejas
Tu bondad se retira?
¿Tú cesas, y mi lábio á Tí suspira?
De tu nombre en la gloria
Los míseros faron; Tú les diste
Del opresor victoria;
Sus plegarias oíste,
Y su esperanza y su salud cumpliste.
La muerte y sus dolores
Rompen mi corazón, en mis oídos
Suenan ya los clamores
De los apercebidos
Mónstruos á devorarme, y sus bramidos.
Á las fauces pegada
Mi lengua está; y al polvo me ha lanzado
Dí olvido tu airada
Diestra; en torno he mirado,
Y el mar de la aflicción me ha circundado.
Mi pecho, como cera,
Del dolor se liquida y desfallece:
Cual la llama ligera,
Muy más mi angustia crece,
Y aguja el enemigo, y me extremece.
Gusano soy, no hombre,
Oprobio de los hombres y su ira;
Sin que mi mal le asombre,
De mofa á quien me mira
Y mueve la cabeza, y se retira.
Á voces dicen: venga,
El Dios venga, en que espera néciamente;
Su brazo le sostenga,
Ó en su suelo fulgente
De gloria ciña su abatida frente;
Entonces acataremos
Su mísera orfandad y su inocencia.
Mas Tú sobre las alas
De querubines vas; los montes toca
Tu dedo, y los iguales
Con los valles; tu boca
Sopló, y en polvo vuela la árdua roca.
Cual madre compasiva

En mi débil infancia me has guiado:
 Contra la suerte esquivada
 En hombros me has tomado,
 Y siempre entre tus alas me has guardado.
 Solo soy, y Tú fuiste
 Mi padre; enfermo te imploré en el lecho,
 Y salud me trajiste....
 ¡Ay! ven, cubre mi pecho,
 Que blanco todos de su saña han hecho.
 Ven, corre poderoso;
 Confúndelos, Señor, no más dilates
 El brazo victorioso
 Con que fuerte combates,
 Y los cedros altísimos abates.
 Corre, corre, que crece
 Cual ola de la mar el dolor mío,
 Y á mis piés se extremece
 El averno sombrío....
 Ven, Señor, llega, que en tu diestra fio.

MELENDEZ.

LA CELESTIAL JERUSALEM.

¡Oh, qué dulces ratos tenía entre aquellos riscos y por aquellas breñas! Arrebatábase en espíritu, y como si ya fuera vecina del cielo, y como si se desnudara del cuerpo mortal de que estaba vestida, así tan libremente dejando la tierra, se subía á donde vive su amado. Allí miraba aquellas moradas celestiales de la soberana ciudad de Jerusalem. Veíala llena de luz inmensa, sus calles y plazas que hervían de ciudadanos bienaventurados. Resonaba por aquellos ricos palacios una música, que su dulzura desmayaba, causada por la suavidad de las voces angélicas, que alaban al gran Príncipe del mundo sin cesar un punto.

Cuando consideraba los edificios no hechos por humanas manos, sino por el querer de aquel hermosísimo Dios, no tenía ojos para tanta belleza. Veía la ciudad puesta en cuadro de grandeza inmensa, cuyos cimientos eran de todas las piedras preciosas que acá conocemos.... Los muros resplandecían como el sol, que no se dejaban mirar á los ojos humanos. Había en cada cuadro tres puertas, de suerte que venían á hacer doce, y cada una era de una piedra preciosa. Las torres y almenas eran cubiertas de cristal, que con los lazos que se hacían en ellas de las esmeraldas y rubíes engarzados en oro purísimo, y retocados de la luz y resplandor del verdadero sol que allí resplandece, no hay pensamiento humano que descubra su no pensada hermosura. El suelo, calles y plazas de esta bienaventurada ciudad, son de oro limpiísimo. Aquí dura siempre una alegre primavera, porque está desterrado el erizado invierno.

No la furia de los vientos combate los empinados árboles, ni la blanca nieve desgaja con su peso las tiernas ramas. Aquí el enfermizo otoño jamás desnuda las verdes arboledas de sus hojas; antes dura una apacible templanza, que conserva la frescura de cuanto tiene el cielo en un perfecto sér. Aquí las flores de los prados celestiales, azules, blancas, amarillas, coloradas, y de mil maneras, vencen en resplandor á las esmeraldas, y rubíes, y claras perlas, y piedras de Oriente. Aquí las rosas son más hermosas y de olor más suave que las de los jardines de Jericó; las fuentes más que cristal deshecho; el agua es más dulce, el gusto de las frutas más suave.

¡Oh vida, verdaderamente vida! ¡Oh soberana ciudad, en quien tus ciudadanos se gozan! No se sabe qué cosa es dolor: no hay enfermedad, porque Dios es verdadera salud. ¡Ciudad bienaventurada!

MALON DE CHAIDE. (Tratado de la Magdalena.)

LA RUSIA Y EL EVANGELIO.

(Continuación).

«En el pueblo inmediato alcancé un éxito asombroso.

Siempre estaba acompañado, rodeado de gentes y era detenido á cada paso. Con sólo recordar que en una localidad habitada por sencillos aldeanos, vendí en el trascurso de una semana 168 Testamentos por 20 rublos, se dice más que con todo lo que yo pudiera manifestar.

Desde allí, continuando mi marcha, llegué á una población más populosa, para la que me habían dado las señas de dos casas bien distintas. La una era una hermosa mansión, cuyo acomodado dueño habitaba en ella con su familia. La otra la de un proletario. Estando ausente el primero, tuve que ir á buscar al segundo. Su morada era una especie de cabaña asáz miserable, constituida por una sola pieza, oscura, súa, sin techo, y habitada por dos hermanos con sus familias. Además se veía allí también un ternero, un ganso, un erizo y un gato. Esto me produjo gran impresión, era natural. Al acercarse la noche me empecé á asustar al considerar que había de pasarla en semejante recinto, y á pesar de las atenciones de que me colmaban aquellas nobles gentes no pude impedir algunos movimientos de mal humor. Mas me dió vergüenza de mí mismo al ver la cordialidad con que me preparaban una cena de todo lo mejor que ellos me podían ofrecer y ver hacerme en seguida un lecho bastante pasadero. Dormí muy bien en él, á pesar de la curiosidad algo importuna del ternero, que parecía admirado de mi vecindad. Al día siguiente hube de dar las gracias al dueño de la habitación en que me había recogido, porque desde el amanecer aquel humilde hogar se vió lleno de gente que venía á buscar mis libros, y que seguramente no hubiera osado penetrar con tanta libertad en la morada del rico.

El último domingo de mi viaje me encontré entre una familia de jornaleros, de los cuales uno no sabía leer. La abuela viéndome absorto en mi Biblia me pidió que leyese algo en alta voz. Estaban allí sentados, llenos de cansancio y aburridos, aquella, su marido y sus dos hijos. Abrí el Evangelio según San Lucas y leí el relato de la pasión. El Señor nos proporcionó una hora muy dulce, mis oyentes escuchaban con lágrimas en los ojos y parecía que el Salvador crucificado había llamado á sus corazones. De vez en cuando la anciana daba á sus hijos explicaciones admirables. Cuando concluimos y cuando su marido se retiró de la habitación, me contó aquella, llorando, que su marido era un borracho y que se recogía á menudo á la casa muy tarde y en un estado deplorable. Mas aquella noche su esposo no se embriagó y volvió pronto; lo poco que había oído de la Palabra de Dios había dado su fruto.»

En el mes de Junio de este mismo año, 1866, el colportor se encontraba en medio de la Rusia, cerca del mar Caspio; las noticias que dá en esta época son sumamente gratas. Verdaderamente parece que á medida que se aleja de las poblaciones principales y de los grandes centros, encuentra siempre una acogida más favorable.

«Aquí, dice él, es sobre todo el clero el que ha regocijado mi corazón. El arzobispo me ha concedido el permiso de expender en la localidad, y él mismo ha tomado 300 ejemplares del Nuevo Testamento para la librería religiosa que se acaba de fundar. Cada tarde, cuando yo he concluido mi vuelta, vienen á mi casa á comprar mis libros, y la mayor parte de mis visitantes eran sacerdotes. De entre ellos uno, el padre N., toma una parte activa en mi trabajo. Como yo permanezco en el patio de su casa, él ha podido juzgar del éxito de expedición, y tanto le ha halagado, que ha pensado en plantear una empresa semejante. Ha hablado á sus colegas, le han buscado y encontrado para este asunto un hombre de confianza. ¡Oh alma mía, bendice al Eterno! Este mismo padre N. me ha contado que muy pronto debía consagrar una iglesia en una ciudad de las cercanías, y había llevado consigo 50 Nuevos Testamentos á aquella localidad. Algunos días después los aldeanos vinieron á darle las gracias con efusión «por el buen libro.»

Algunas palabras aún sobre Nijni Novgorod,

á donde el colportor debía volver por el mes de Julio, en la época de la gran feria.

«Subí por el Volga en buque de vapor, escribe aquel, y como se hacía tarde no contaba ofrecer mis libros á los pasajeros. Por lo tanto, habiéndome apercebido de que un sacerdote debía bajar en la próxima estación, fui á ofrecerle un Testamento. Mas desde que fué visto mi libro, fui rodeado por todos lados, y cuando la noche llegó yo estaba aún en plena actividad.»

«En el mismo Nijni, el éxito fué grandemente favorable. La venta de Testamentos me produjo 1.000 rublos de plata. Los libreros me tomaron muchos, gran copia de personas procedentes de comarcas remotas de la Rusia, venían á proveerse de aquellos antes que yo los empezase á repartir, y también uno á uno expendí un número considerable de ejemplares. Y pude convencerme una vez más de que en Rusia más que en ninguna otra región, hay hambre y sed de la Palabra de Dios; entre los extranjeros hallé menos acogida. Ciertos es que se reciben á veces de los rusos desaires, y á veces contestaciones que hieren los sentimientos cristianos; pero casi siempre, en estas contadas ocasiones, se puede decir con verdad: Señor, perdónalos, porque ellos no saben lo que hacen.»

Creemos que estas noticias dicen bastante sobre las buenas disposiciones del pueblo ruso, así como de su clero, pareciéndonos superfluo añadir nada. Así, pues, nos ocuparemos de la instrucción, que demuestra haber hecho en estos últimos años notables progresos, con especialidad entre los eclesiásticos. En las ciudades, sobre todo, se hallan muchos sacerdotes que estudian las lenguas extranjeras y que han emprendido con éxito diversas publicaciones religiosas. Sin hablar de aquellos que han esparcido por la Rusia excelentes traducciones de las obras de M. Naville, de algunas meditaciones de Vinet, de los sermones de Spurgeon, publicados en la Revista ortodoxa de Moscov, se puede decir que el nivel general se halla á considerable elevación. Asimismo en la provincia y en los lugares, algunos sacerdotes hacen oír su voz por medio de diversos órganos literarios, manifestando con más ó menos timidez sus tendencias, sus ideas, sus necesidades, hasta sus quejas, que son mejores que el silencio. Así es que puede profetizarse, dado el actual estado de cosas, un próximo progreso, y se ve venir paso á paso una feliz emancipación del clero blanco ó secular, de la presión muchas veces excesivamente fuerte y conservadora que ejercen sobre él los obispos, monjes, ó el clero negro.

La incredulidad, no puede negarse que tiende siempre á acentuarse y á ejercer una influencia muy triste sobre la juventud escolar por medio de los profesores. Pero también es indudable que sienta mal al carácter nacional, y que el género de frutos que aquella ha producido, con especialidad entre las mujeres, no es de tal naturaleza que llegue á ejercer gran atracción sobre los espíritus. Al lado de este ingrato resultado ha tenido aquella otro halagüeño, que es el de obligar á los que creen á darse cuenta de su fé, y á ratificarse con mayor fuerza y convicción. Todo es mejor que la indiferencia; al atacar una causa, se despierta á sus defensores.

Una última palabra sobre la clase acomodada de las grandes ciudades. Esta también ha camoiado mucho. Fatigada de la vida de placer á que se había abandonado durante largo tiempo, ha prestado atención á algunas cuestiones serias que han removido el país y se ha asociado á ellas con interés. Las mujeres han dirigido sus miradas con seria atención sobre sus deberes, un tanto olvidados, al hogar doméstico y han empezado por la educación de sus hijos, y frecuentemente por la suya propia, que era superficial é insuficiente. Los niños y los jóvenes tenían necesidad, ante todo, de una instrucción sólida, respondiendo mejor á las exigencias de su tiempo, y de una vida ocupada y útil. Los hombres se dieron á la lectura de algo más que las novelas francesas, que tan mal los habían alimentado hasta aquí, y á ocuparse de

las cuestiones sociales y de la administración de sus tierras, donde la necesidad de la economía y del orden se hacían sentir más que nunca, después de la emancipación de los siervos. La facilidad y el gusto á los viajes han facilitado mucho este cambio; los rusos aprenden fácilmente, y una vez en el extranjero estudian y se asimilan los frutos de la experiencia de sus antepasados.

Mas no se ha limitado aquí el gran beneficio de sus frecuentes relaciones con el exterior. Una ventaja más trascendental aún ha fructificado, y no es imposible terminar estas líneas sin decir una palabra sobre ella. Las iglesias vivientes en el Occidente, sea en Inglaterra, sea en Suiza, sea en Francia, han influido benéficamente sobre gran copia de viajeros rusos. Las predicaciones fieles y poderosas, las publicaciones religiosas, y sobre todo las relaciones personales con cristianos consecuentes, celosos, llenos de caridad en sus beneficios, alejados de todo espíritu de secta y de controversia, he aquí lo que ha levantado en sus corazones los cimientos de un edificio nuevo y eterno. No se piensa sin emoción en el afán admirable, eminentemente espontáneo é inconsciente, con que los cristianos de diversos países, los servidores y los sirvientes del Señor, que han recibido de Él la misión de despertar las almas y traerlas á la verdad, han trabajado para el cumplimiento de esta dulce obra. Así su trabajo, ha sido fecundo y benéfico, no sólo para los que los han visto y oído, sino también para muchos otros que, á distancia y por diversos medios, han recogido aquellos efectos saludables. Si el hombre pudiera calcular toda la influencia de las palabras, de las lecturas, de la elocuencia puesta al servicio de la verdad, de la afabilidad cristiana, del ejemplo, de la intercesión perseverante, este cálculo sobrepasaría todas las provisiones de los que han dado como de los que han recibido, y sería un hermoso monumento á la gloria de Aquel que produce todas las cosas en todo.

REMITIDO.

GRANADA 7 DE NOVIEMBRE DE 1873.

Mi querido amigo: Tengo el sentimiento de decirle que ayer fué un hermano nuestro objeto de un atropello por un agente de la autoridad. El cristiano indicado es de una fé grande, es un siervo del Señor; por amor á la causa de Jesús, vendía en las calles y plazas públicas porciones de las Sagradas Escrituras, y distribuía Tratados. Se ponía próximo á una de las puertas de la catedral; yo comprendí que esto pudiera ser causa de que hubiese alguna queja, y le aconsejé que no se pusiese en aquel sitio y no volvió á hacerlo. El neo-catolicismo, comprenderá Vd. que estaría furioso con un hombre que en medio de una plaza pública, rodeado siempre de un corro de gente, les ofrecía porciones de las Sagradas Escrituras, y les leía algunos pasajes. La furia de los fanáticos muy pronto se manifestó. El pobre cristiano que al pueblo ofrecía los Evangelios, y como si para ello estuviesen organizados, era rodeado siempre por algunos partidarios de la bandera de religión, patria y rey, los cuales le prodigaban los insultos más infamantes, las amenazas más sangrientas. El público que esto presenciaba, estaba admirado de la paciencia y humildad del uno, é irritado de la crueldad é insolencia de los otros. En más de una ocasión este público imparcial tomó parte en favor del vendedor de los libros y en contra de los provocadores neo-católicos. Yo, sabedor de que era maltratado, lo puse en conocimiento de dos comisarios de policía; uno de ellos fué el autor del atropello, el cual, cuando le hablé, me dijo que estaría á la vista y evitaria lo insultaran, y me ofreció su protección.

Dieron parte al gobernador de que ofrecía Biblias en la puerta de la catedral é insultaba á quien

no la compraba. La indicada autoridad dió orden á un comisario de policía para que le manifestasen que se le prohibía vender en las puertas de los templos, pero no en otro sitio. Así me lo ha dicho el señor gobernador, y también me dijo que el comisario á quien dió la orden le había dicho que no se ponía ya en la puerta de la catedral. Ayer mañana, como de costumbre, empezó á vender los Evangelios en medio de la plaza de Bib Rambla; en este día los neo-católicos le cercaron más temprano que otros; su furia era mayor que los anteriores, porque la lluvia de insultos que lanzaron sobre este pobre hombre era insoportable; rasgaron y quemaron los libros delante de su presencia; á él y á otro que hablaba con él, un seminarista les dijo que eran unos pillos, hipócritas, tunantes; y otro decía, «que los quemen.» Cuando más agobiado estaba por los enemigos de la luz, el comisario de policía, que me había ofrecido su protección, le constituyó en prisión, y antes le dijo que otra vez lo llevaría al hospital hecho pedazos. Un hombre que había presenciado lo que le habían insultado, al ver que el agente de la autoridad también le amenazaba y lo llevaba preso, porque dijo que no era justo lo que hacían, la misma autoridad le dijo que si él era uno de los secuaces de aquel hombre, que á él también le haría cuartos y lo mandaría al hospital.

Este comisario del orden público, ha oído palabras no pronunciadas, hechos no ejecutados, y no ha oído ninguno de los innumerables insultos que los neos han lanzado sobre el vendedor del Evangelio, ni ha visto los muchos libros que han rasgado y quemado delante del que los vendía: esto no es herir los sentimientos religiosos de una persona.

Es falso que el Sr. Díaz se haya puesto en la puerta de la catedral á ofrecer Biblias á nadie; es falso, porque no ha podido ofrecer Biblias por que no acostumbra á venderlas, ni las lleva consigo; es falso que insultara al que no se las compraba, por la razón dicha, y porque el referido señor Díaz es persona de educación y no acostumbra á insultar á nadie.

En el año 1869, en un jueves, y momentos antes de empezar nuestro culto, abusando de la suspensión de las garantías individuales, me prendieron dentro de nuestra capilla, y á los que allí encontraron. Entonces dijeron que en aquel sitio nos reuníamos á conspirar contra el Gobierno; nos sumariaron para cubrir aquel atropello; á los 25 días de estar presos fuimos puestos en libertad por dictamen del fiscal, por no encontrar méritos para continuar el proceso, pero la intolerancia había conseguido su objeto; con esta prisión habían intimidado á muchas de las familias que asistían á nuestros cultos; consiguieron esto, y hasta el día de hoy amenazan á nuestros congregados que seremos presos otra vez la noche que menos lo esperemos. Muchas familias conozco que por este temor no frecuentan nuestra iglesia. Ayer, con otro pretexto, prendieron á uno que se dedicó á vender porciones de la Biblia; con esto intimidan á la gente ignorante: hoy dicen que está prohibido el leer aquellos libros, y que por eso han preso al que los vendía; dicen que á todo el que le cojan un libro de los protestantes será preso también. No podemos seguir así interin las autoridades presten tan decidida protección al neo-catolicismo; mientras ayuden á la intolerancia, la libertad de cultos es una letra muerta, porque el uso que de esa libertad podemos hacer es muy expuesto, es muy amargo, muy pobre, porque de ese modo no es posible obtengamos ningún resultado satisfactorio, porque nunca faltará un pretexto para vejarnos y atropellarnos. Nos sucede como sucedía en esta misma ciudad á los moros después de la conquista; aquellos infelices eran insultados, maltratados, y muchas veces asesinados en las calles, y siempre aparecían ellos como los provocadores, los culpables; y después de sufrir tanto, eran reprendidos ó castigados por las autoridades: esto pasa hoy, esto ha pasado siempre

con aquellos que no siendo católicos romanos, viven en un país que dominan aquellos.

Sabe puede disponer del aprecio de su amigo y correligionario,

JOSÉ ALHAMA.

VARIEDADES.

Los prisioneros europeos en Abisinia.

Hace mucho tiempo que el público se conmovió ante los procederes injustos y crueles empleados por el Monarca abisinio contra los europeos que retuvo mucho tiempo prisioneros. Viendo aquel que algunos de estos hacia cuatro años que lo eran, como M. M. Cameron, cónsul inglés, Stem y Rosenthal, y otros; M. Rassam, embajador, y sus oficiales el Dr. Blanc y el lugar-teniente Prideaux, nueve meses, se preguntaba cómo hombres inofensivos y revestidos de un carácter que inspiraba respeto podían ser las víctimas de un Príncipe que se llamaba el sucesor de David y de Salomón y qué medios se habían usado para obtener su libertad.

Antes de dar la respuesta echemos una mirada sobre el estado de aquel país. En el *Diario* del misionero Gobat, publicado en 1833, hallamos los datos necesarios á este fin.

La Abisinia, ó antigua Etiopia, de más extensión que Francia, está situada al Sur del alto Egipto y de la Nubia. Una zona de tierra de una longitud de 20 á 25 leguas, la separa del mar Rojo. Este litoral se eleva por gradas sucesivas que rematan en llanuras coronadas por árboles que forman el territorio abisinio. Importantes riachuelos, todos afluentes al Nilo, la atraviesan. Más allá hay altas montañas y planicies bañadas por este río. Las costas están ocupadas por tribus salvajes, tributarias de nombre al Egipto. La pequeña isla de Massowah poco alejada de sus playas, ofrece un abrigo á los buques y una plaza para los negocios. Pertenece esta á la Turquía. Desde allí los viajeros, reunidos en caravanas, pasan á la Abisinia. Pero no se encuentran ni caminos, ni puentes, ni ciudades, ni aldeas para renovar las provisiones. La falta de seguridad obliga á los habitantes á establecerse lejos de las vías de comunicación, en los bosques ó en lugares de difícil acceso. Por último, se llega á la antigua capital del Tigré, Axum, de la que sólo existen ruinas; luego después de 20 días de marcha á Gondar, capital de l'Amhara, que está casi destruida. A 30 leguas de esta ciudad, se encuentra Gaffat, donde trabajan obreros europeos, y Ambu-Magdala, plaza fuerte que sirve de prisión á aquellos cautivos cuya suerte nos interesa vivamente por tantos motivos.

El calor en este país tropical, es insoportable en el fondo de los valles, y el frío extremadamente intenso en las montañas. Los ríos se desbordan y cubren vastas llanuras durante la estación de las lluvias, que dura de tres á cuatro meses. Hé aquí algunas de las dificultades que hallaría todo ejército que pretendiese invadir la Abisinia. Por el Sur no es el país más accesible, á causa del Choa, vasta región salvaje que en él se encuentra.

El estado político, social y religioso de la Abisinia no deja de tener alguna relación con el de Europa en la Edad Media. Allí no hay capital donde se asiente un gobierno regular cuyas órdenes sean reconocidas hasta las extremidades del imperio; poca ó ninguna industria, una agricultura que podría ser muy floreciente á causa de la riqueza del sol, de lo hermoso del clima y de las aguas abundantes, pero que no se presenta como tal, sino allí donde el cultivador puede ser protegido contra las hordas que viven del pillaje; en fin, el despotismo militar y la dominación de un clero intolerante completan este triste cuadro.

Durante la permanencia de Gobat, el territorio abisinio estaba constituido por cinco Estados; el Tigré, l'Amhara, el Sémen, el Effat y el país de los

Gallas. Los jefes llevan el título de Ras. El de Tigré, Saba-Gadis, se mostró sumamente bondadoso con el misionero. Pero fué vencido por el Ras Murié. Este, á su vez, pereció en la guerra contra el Ras Oubí. Estas luchas obligaron á Gobat á retirarse del país. Oubí fué en seguida vencido por otro rey; más tarde veremos cómo tuvo lugar esta revolución.

Si durante algunos años la autoridad del nuevo *negó* fué reconocida y se restableció la tranquilidad, no sucedió lo mismo mas tarde. Estallaron revueltas incesantes, y el Rey se dedicó á recorrer una y otra provincia para castigar á los rebeldes y hacer ejecuciones en los territorios insurrectos.

Al azote del despotismo militar añadamos el del reinado absoluto de un clero ignorante y supersticioso, que se llama cristiano, pero que no conoce lo que constituye la vida cristiana, y se contenta con lecturas, ceremonias y prácticas sin eficacia, para la fé y las costumbres.

Los sacerdotes, (leemos en la *Hoja mensual de las Misiones*, año 1842-1843) que deberían ser los conductores del pueblo, los pastores del rebaño, los que debieran enseñarle á conocer á Dios y á su Santa Ley, conduciéndolos á los piés del Salvador para buscar allí el perdón de sus pecados, son tan ignorantes, tan inmorales, tan viciosos, que no sirven más que para dirigir las almas por el camino de la perdición.

La ordenación de los eclesiásticos se hace á la ligera. Basta que un hombre dé algunos trozos de sal al *Abouna*, (patriarca) para que sea revestido al momento de aquel carácter de sus manos sin exámen preliminar, y sin exhortación; así es que á los abisinios instruidos les daría vergüenza hacerse sacerdotes. Hay indudablemente escepciones, pero lo que decimos es lo general.

El culto público consiste en la lectura de algunas partes de la Biblia, en la antigua lengua ethiope, en algunos rezos litúrgicos y en el canto de los salmos. No hay jamás predicaciones ni explicación de las Escrituras, y no se piden nunca los nobles sentimientos. Durante el culto, los sacerdotes y la congregación tienen suspendidos del cuello pequeños tambores en los cuales golpean con las manos, golpean también el suelo con sus piés y sus bastones, después á medida que se van animando más, se ponen á saltar y á danzar con tal vocerío, que más parecen una multitud furiosa que una asamblea cristiana. Muchas costumbres judaicas como la circuncisión, la observación del sábado, (otros el domingo) ciertos sacrificios propiciatorios, el establecimiento de un arca, etc., parecen favorecer la idea de que los habitantes han abrazado otra vez la ley de Moisés ó fueron primitivamente cristianos judaicos. (Páginas 331 y 362.)

Se encuentran también en el país los judíos llamados *Falaschas*.

Parece, continua la *Hoja mensual*, que en la época de la conquista de la Judea por Nabucanezar, un gran número de judíos se refugiaron en Arabia y en Egipto, desde donde pasaron á Abisinia. Desde el tiempo de Alejandro el Grande estos judíos llevaron el nombre de tralajo ó desterrados. Han conservado hasta los últimos tiempos, retirados en las montañas, sus costumbres, sus leyes, su lengua y cierta independencia. Han podido reunir hasta 50.000 hombres. Hoy obedecen al Rey de Tigré. Los abisinios les tienen un temor supersticioso; los tienen por hechiceros y les atribuyen el poder de trasformarse en hienas. (Página 348.)

En fin, pueblos paganos ó mahometanos, se encuentran aquí y allí en el país, sobre todo entre los Gallas.

No pudiendo presentar aquí, ni aún en compendio, la historia del cristianismo en Abisinia, después de los días del oficial de la Reina de Candace, (Actos, VIII, 28, 29) bastará recordar que cuando las conquistas de Mahoma y sus sucesores, la Abisinia fué rodeada por todas partes y avasallada por el islamismo. Gracias á sus montañas, á sus numerosos ríos, á sus plazas fuertes y á la protección di-

vina, aquella resistió de un modo creciente. Sólo en medio de vastos Estados que se doblegaron bajo el sable de Mahoma, conservó ella su profesión cristiana. Mas por el hecho de su aislamiento, la Iglesia cayó en una profunda ignorancia. La superstición y el fanatismo prevaleciendo de la escasez de libros santos y de escritos de sana doctrina para esparcir la luz, produjeron aquellos una casi completa oscuridad. Sin embargo, para reunirse por un lazo á las iglesias de la cristiandad, la de la Abisinia se sometió hasta nuestros días á la Iglesia copta de Alejandría.

En el siglo XV los europeos entraron en relaciones con los abisinios. Y ¡ay! aquellos no les presentaron el Evangelio, ni les dieron ejemplos piadosos. Portugueses, españoles, italianos, llamaron unos tras otros á la puerta de la Iglesia de este país, pero fué para introducir en ella el papismo. Después de diversas fases en que la Iglesia romana ganó y perdió su ascendiente, fué finalmente rechazada por el último *negó* que expulsó á los jesuitas.

Un episodio moderno de la historia de estas tentativas demuestra á qué medios apelan los que se llaman discípulos de Jesús para obtener recursos con que conseguir sus fines. Habéta-Sélatse, antiguo discípulo de Gobat, y algunos indígenas bien preparados por el Evangelio, fueron comisionados por Oubí para ir á Alejandría á pedir un nuevo abouna. Los jesuitas se esforzaron, mas en vano, para conseguir que la diputación se dirigiese á Roma y al Papa. En el momento de la marcha, el padre Jacobi deseó unirse á la caravana, siéndole permitido. En Alejandría, el astuto monje, que había escrito á Roma que dos Ras se habían convertido y enviarían una embajada, quiso persuadir á sus compañeros á que aprovecharan, para visitar á Italia, el tiempo que el abouna elegido necesitaba para sus preparativos de marcha. Aquellos rehusaron obstinadamente. Cambió de sistema, proponiéndoles entonces visitar la Judea y los Lugares Santos. Acosados por sus solicitudes, consintieron y se embarcaron. Cuando sorprendidos de no arribar á las costas de Palestina se apercebieron de que eran conducidos á Italia, se irritaron y colmaron á Jacobi de reproches y amenazas. Todo es inútil. El monje se ha apoderado de su dinero; él sólo comprende aquella lengua; están á su merced. Un rayo de esperanza brilla, sin embargo, á los ojos de Sélatse. El sabe que Gobat está en Malta y allí debe el navío detenerse. Pero el misionero estaba en Siria y no se les permite á los abisinios comunicarse con nadie. El jesuita, seguro de su presa, escribió una carta en nombre de Oubí, en la cual el Ras presenta sus homenajes al Papa y le anuncia el envío de una embajada compuesta de su hermano (este sería Sélatse), y de su sobrino (este era un joven abisinio de distinguidas maneras). Los dos pretendidos Príncipes de la sangre fueron acogidos con grandes honores. Se les paseó en procesión por las calles de Roma. Después los lisonjearon todo lo posible á fin de conseguir que reconociesen la supremacía del Papa. Trabajo perdido. Ellos sólo pedían que se les volviese á su país. Se accedió al fin á su deseo. Mas la partida estaba jugada y los jesuitas pasaron por haber convertido muchos reyes africanos.

En cuanto á las misiones evangélicas, á la Sociedad de las misiones de la Iglesia anglicana en 1828 se debe la primera tentativa hecha con el fin de iluminar á la Abisinia con la antorcha del Evangelio. Los protagonistas de esta empresa fueron MM. Kugler y Gobat. El primero, después de tres años de trabajos, murió accidentalmente; y el segundo hubo de retirarse, como ya hemos visto, pero volvió en 1834 acompañado de dos nuevos hermanos. Su salud se alteró hasta el punto de verse, en 1836, obligado á retirarse de nuevo del país. Sus colegas prosiguieron sus trabajos; pero la oposición del clero llegó á ser tan violenta, que Oubí, el protector de los misioneros, hubo de consentir su expulsión. Se encuentra todavía el rastro de los jesuitas en esta hostilidad.

NOTICIAS VARIAS.

Según dice un periódico conservador, de los 60 obispos que hay en España sólo cinco han aprobado de una manera más ó menos explícita la conducta del obispo faccioso de Urgel, que, como es sabido, ha abandonado á las *ovejas* para ir á reunirse á los *lobos* que acaudilla el Pretendiente, y los 55 restantes han reprobado, y algunos en términos muy severos, su poca cristiana conducta, que, según el colega aludido, ha sido también desaprobada por el Papa.

Esta noticia, acerca de la cual no tenemos datos ni antecedentes de ninguna clase, no deja de tener importancia, si se confirma, bajo cierto punto de vista; porque vendría á evidenciar más la indigna farsa así de los clérigos carlistas como de la prensa de ese partido, que para explotar el fanatismo de las gentes ignorantes y excitarlas á tomar las armas contra el Gobierno legítimo de la Nación, profanan el nombre de Dios, invocan el interés de la Iglesia ó de su religión y proclaman la *guerra santa* y la nueva cruzada contra los liberales, calificando de héroes, de mártires y de Macabeos á los cabecillas latro-facciosos que, en nombre de esa misma religión, se entregan al incendio y al pillaje, persiguen y asesinan á los liberales, y cometen todo género de atentados y tropelías.

Conviene, pues, que se sepa la verdad en lo relativo á la actitud del episcopado español con respecto á la conducta del obispo de Urgel y de los clérigos que, imitando la indigna conducta de este, han ido á engrosar las partidas facciosas para saciar su sed de sangre y sus intintos de venganza.

Veremos qué dicen los periódicos carlistas, á quienes más que á nadie puede afectar la actitud que se atribuye al episcopado español, puesto que ellos son principalmente los que, con sus supercherías y con su dogmatismo político-religioso, han contribuido á encender la guerra civil y á excitar los feroces instintos del obispo trabaucaire de Urgel y de la clerigalla facciosa.

Se cuenta como un hecho cierto que la diputación facciosa de Vizcaya ha restablecido el diezmo y ordenado á los pueblos que giren la cuenta del clero desde el año 35, bajo la base del resultado que entonces ofreciera la contribución diezmal en especies.

Los carlistas se parecen al conde de Chambord, en que ni se arrepienten ni se enmiendan.

El tristemente célebre cura de Flix, ha pasado una comunicación al alcalde de la Figuera, previniéndole ordene á los peatones-conductores de la correspondencia de aquella comarca se abstengan de llevar periódico liberal alguno, bajo pena de la vida.

¡Vaya un tipo de cura!

En la provincia de Zaragoza hay en la actualidad 353 escuelas de niños y 209 de niñas, total 562. Pues aún son muy pocas.

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes. El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

MADRID: 1873.

Imp. de J. M. Perez, Corredera Baja de San Pablo, núm. 27.